

Contra España, sus leyes y su rey.
Júzganle muerto y solitario estése,
Víctimas señalando á su alto enojo,
Cual de águila real certero el ojo
Su presa elige entre la incauta grey.

Y el buen Gonzalo, huérfano, inocente,
No halla en el mundo nuevo americano,
Sino el vago rumor de que el hermano
Yace en la tumba al par del genitor.
Álvaro en tanto, cual taimada fiera
Que escapó de reciente cautiverio,
Desde el triste cubil mira el imperio
Como premio futuro á su valor.

Sigue Gonzalo la paterna huella;
Lidia de honor sediento, y por do quiera
El entusiasmo de la hueste ibera
Le captan su prudencia y su virtud.
De Pasto por las bélicas legiones
Es debelado el escuadrón hispano;
Gonzalo acorre, anima al castellano,
Vuelve, y vence á la ufana multitud.

La capital del payanés imperio
Mírase á fuego y sangre acometida;
Cede la turba bárbara vencida,
Cede el Cacique á la imperiosa ley:
Del vencedor sacrílego la espada
Va á mancharse en la sangre del anciano,
Pero Gonzalo la alevosa mano
Castiga, y salva de Payán al Rey.

En la cruda campaña, cuando el fuerte
Valor desmaya y la constancia falta;
Cuando el sueño los párpados asalta,
Y sucumbe la hambrienta desnudez;
Cuando el corto escuadrón tiembla, sitiado
De estéril roca en la tostada cima,

Gonzalo vela, calla: y si habla, anima,
Ora modesto, intrépido á su vez.

Bozo süave le esmaltaba apenas,
Cual leve sombra, el labio delicado,
Y en el rostro infantil ya era el soldado,
El consejero, el héroe, el capitán;
Ídolo de las huestes vencedoras,
Amparo al infeliz americano,
Éste la vida débele á su mano,
Á esas sus armas la victoria dan.

Y en medio de esos héroes con que mancha
Sus páginas la historia de la tierra,
Máquinas de exterminio, que la guerra
Brotó y el mundo adora en la abyección,
Aquella alma gentil, aquel Gonzalo,
La frente alzaba cándida y serena,
De deber y de honor el alma llena,
De piedad y de amor el corazón.....

¡Flor solitaria en espantoso yermo,
Que Dios puso entre espinas y entre abrojos,
Por dar alivio á los cansados ojos
Heridos del calor del arenal!
¡Única fuente en árido desierto
Que refresca al sediento peregrino!
¡Sola enseña de bien en el camino
Por donde siembra la conquista el mal!

.....

LA NUEVA PATRIA

CUADRO SEGUNDO

Voy, por el campo que agostó el olvido,
Recogiendo con mano reverente
Las hojas secas del laurel perdido.

Diré tus hechos, infeliz, valiente
Gonzalo, amante, amado, perseguido;
Pero los busco entre el voraz torrente
De los siglos, que ruedan, se confunden,
Y en la infinita eternidad se hundan.

Así, cuando por prados de esmeralda
El ardiente volcán su lava arroja,
Mírase al ciervo por la ardida falda,
Lentamente paseando su congoja,
Escarbar y buscar la seca y jalda
Hierba, y la rota solitaria hoja,
Tristes reliquias del nativo prado
En negra lava y en ceniza ahogado.

Como vasta pirámide, arrojada
De Norte á Sur en medio al Océano,
La cúspide, en el choque, despuntada,
Derruidos los lados por la mano
Del tiempo, en la obra perennal cansada,
Mírase al continente colombiano;
Y, cual del cuerpo astillas desprendidas,
Se ven sus islas, por el mar, tendidas.

Andes, en forma de melena densa,
Sus altas sierras sobre el Norte extiende;
Luego reduce su expansión inmensa,
Y en larga línea para el Sur descende;
Deja al Oriente la llanura extensa
Que hasta el remoto Atlántico se tiende,
Y, la frente imperial en fuego ardiendo,
Ve los dos mares á sus pies rugiendo.

Esa es la cordillera á cuya cumbre
No alcanza del condór el raudo vuelo;
La fábrica de enorme pesadumbre
Donde, entre algas y témpanos de hielo,
Nace la pura y limpia muchedumbre
De aguas que riegan nuestro fértil suelo,

Brotando, entre el misterio, tras la niebla
Vertiginosa que el abismo puebla.

Al Norte, al Sur, y en curvas, al Oriente
De las gélidas fuentes desprendidos,
Arroyos mil, con pródiga corriente,
Enriquecen la tierra: entretejidos,
Cual vasta red, por todo el continente
Discurren; luego, en masas recogidos,
Van á pedir al piélago profundo
Para su tierra paz, comercio al mundo.

Y arrastran al Atlántico sonoro
Sus ondas, y al Pacífico suave,
Corriendo por las selvas sobre el oro
Que brilla terso entre la arena grave.
Y son prendas de unión, más su tesoro
No está en el oro vil: está en la nave
Que surcando sus útiles raudales
Dé industria y libertad á los mortales.

De Granada, la Nueva, el Virreinato
Departa el Marañón de sus vecinos;
Interno y noble mar, donde el aflato
No alcanza de los recios torbellinos,
Y de futura unión vínculo grato
Entre los industriosos granadinos,
Aorta de este mundo colombiano,
Y río de los ríos soberano.

Y de Granada en la región do gira,
Sin jamás apartarse, el sol amante,
Y con suave hálito respira,
Arrullada entre palmas, la aura errante,
Y el tagüijó monótono suspira,
Del marjal melancólico habitante;
Entre el Ande y el mar, que la mejilla
Recuesta en paz á la escarpada orilla;

Hay un valle feliz : su tierra ondula
En continuas y plácidas colinas,
Que la brisa al pasar besa y adula :
Por ese valle en ondas cristalinas
El agua precipítase y circula
Serpeando entre flores purpurinas;
Y al fin de aquel edén verde y riente
La ilustre Popayán alza la frente.

De sus colinas altas amparada,
Como la tigre que asechanza teme
Y espera el can al árbol recostada,
Detrás del corvo cerro de la Eme
Se la mira de lejos engastada :
Desde el Cauca, á la luz del sol que treme
Sobre la alba ciudad, en grupos varios
Se ven surgir sus pardos campanarios.

Al Oriente Belén, donde el devoto
Pueblo va á celebrar el nacimiento
De Jesús, su Señor, y cumple el voto
Año por año, en santo arrobamiento;
En la blanca capilla mudo, inmoto,
Contempla aquel buen pueblo el gran portento,
Y en silencio solemne recogido,
Adora al Salvador recién nacido.

Alumbra la capilla el sol naciente
Dando en el monte verde y escarpado,
Do un camino en figura de serpiente
Gira, y le va subiendo por un lado;
Y á este camino agólpase la gente,
Y de vivos colores matizado,
Como una sierpe enorme se estremece
Y en gayas ondas sus anillos mece.

Y más allá, como inmortal gigante,
Alza la frente el Puracé sublime;
Á veces terso, cándido, brillante,

Sus anchas basas en silencio oprime;
Otras, envuelto en nubes, retumbante,
Arroja el fuego que en sus antros gime,
Y en sus esfuerzos, ó estremece el suelo,
Ó incendia en llamas la extensión del cielo.

Al Sur se encrespa en rocas y montañas,
Y ora se encumbra el desigual terreno,
Ora se mecen las silvestres cañas
De contrapuestos riscos en el seno;
Y nacen del calor plantas extrañas,
Que guardan de la víbora el veneno,
Cabe el torrente bramador y estrecho
Que ha cavado por siglos su hondo lecho.

En los montes, que ya süavemente
Hasta besar la linfa, enamorados
Descienden, ó ya suben de repente
En riscos pintorescos, escarpados,
Sus frutos cada zona diferente
Ve con los de otra zona entrelazados;
Todos iguales, todos juntos crecen
Y á un tiempo se maduran y florecen.

Tal es la tierra. El cielo encapotado
Pierde por tiempos el azul sereno:
Entonces, de relámpagos preñado,
Recorre el horizonte el ronco trueno;
Por el ímpetu eléctrico turbado,
Brotan el aire huracanes de su seno;
Cae la lluvia, crujen las montañas,
Se eclipsa el sol, se inundan las campanías;

Mas la negra tormenta que obscurece
Y asorda en torno al mundo y le conturba,
Y del cielo la bóveda estremece
Lanzando rayos por su inmensa curva,
Á la vuelta del sol desaparece,
Pasa de nubes la apiñada turba,

Y ante la luz pacífica y tranquila,
Ni se mece la flor, ni el aire oscila....

Aquí la vasta cordillera empina
En fantásticos riscos su cadena;
Allí en vaivén, elástica se inclina
Sobre el tallo gentil de la azucena
La flor, ante la brisa matutina;
Acá el arroyo por la selva suena;
Y vese el llano y su pintada alfombra
Que interceptan los montes con su sombra;

Y la fruta silvestre, donde toma
Su grato olor la brisa pasajera
Para mezclar al de la flor su aroma;
Y el canto de la tórtola agorera,
Cuando la noche en el Oriente asoma;
Y el variado matiz de la pradera,
Que gusto, olfato, oído, vista halagan,
Y, deleitando el cuerpo, el alma embriagan;

Y el Cauca, que entre enormes pedrejonas
Sus ondas bramadoras alborota,
Ó preso por altísimos peñones,
En vano el dique de granito azota;
Y del ronco volcán las convulsiones,
Y el muelle junco que en el lago brota,
La calva roca, la aromosa planta,
Todo, en contraste seductor, encanta.

No es este el clima delicioso, blando,
Que al ocio sólo y al placer convida;
Ni su habitante gozará, pasando
En pereza monótona la vida.
Para quien nace en su redor mirando
La gigante natura estremecida
En contraste magnífico y eterno,
La quietud, la inacción, es el infierno.

En la vasta extensión que el Cauca baña,
Desde que asoma la modesta frente
Entre el musgo glacial de su montaña,
Hasta que, unido con su hermano, siente
Del bramador Atlántico la saña
Oponerse al poder de su corriente,
Si, cuanto riega su raudal bendito
Es alto y gigantesco: ¡hasta el delito!

Así como él, extraño en su carrera,
Crece y retumba amenazando estrago,
Ó besa manso la feraz pradera
Mecido en hondo y cristalino lago,
Ó desciende en magnífica chorrera,
Tendiendo el iris por el aire vago;
Ó sus olas espléndidas de plata,
Ruedan de catarata en catarata;

Así su hijo entusiasta, en las regiones
Que él con sus ondas ácidas satura,
Creciendo entre las recias convulsiones
De la inquieta y terrífica natura;
En medio de contrastes y emociones,
Pasa la vida borrascosa, dura;
Y es héroe, santo, mártir, delicuente;
¡Todo, menos cobarde, indiferente!

¡Yo te saludo, Popayán insigne!
¡Salve! ¡cuna de mártires y sabios!
¡Haz que el genio á mi canto se resigne;
Inspira un son armónico á mis labios!
¡Y que tu historia algún lugar asigne
Al infeliz cantor de tus agravios!
¡Que Dios tu nombre, en su piedad, enalbe!
¡Salve! ¡Payán, tres veces, salve! ¡salve!

¡Y salve! ¡tú mi patria granadina,
Querida al corazón, grata á la mente!
¡Si en exilio tu bardo peregrina,

No se ha secado del amor la fuente
En su pecho filial; y aunque él inclina
Al extranjero la humillada frente,
Aun no ha amellado tu injusticia inmensa
El fierro que blandiera en tu defensa!

¡Yo te amo, aunque tu mano me arrojara,
Madre, como á reptil, de tu regazo!
Si más me persiguieras, más te amara,
Y bien por mal volviérate mi brazo.
¡Ah! ¡quisiera tener voz alta y clara
Sólo para ensalzarte; y que ese lazo
Cuando yo pase, cual pasó tu gloria,
Nos uniese en la muerte y en la historia!

¡Y viera el mundo al hijo maldecido
Honorando á la madre con su llanto,
Arrancarle su féretro al olvido
Con el viril esfuerzo de su canto;
Y al mirar sobre el tiempo remecido,
Redentor de tu gloria, mi himno santo,
Á mi ferviente súplica propicia
Perdonara la historia tu injusticia!

No sé por qué, de mi existencia dueño,
Si velo, siempre asaltas mi memoria;
Si duermo, siempre con tu imagen sueño;
Si pienso, siempre afligeme la historia
De esos tus ambiciosos, cuyo empeño
Es devorarte sin honor, sin gloria,
Gusanos de un cadáver, que se gozan,
Aunque mueran después, mientras destrozan.

EL ERMITAÑO.

CUADRO SÉPTIMO.

Entre la sombra solitaria y fría
De la apartada y secular montaña,

Sin más bienes que el cielo y su cabaña,
Vive un varón en honda soledad.
La férrea mano del dolor marchita
Los blancos lirios de su clara frente,
Mas su mirada reverbera, ardiente,
Con el vigor de la primera edad.....

Tal vez su vida el porvenir encierra;
Tal vez de Dios la previsión divina
Á cumplir sus decretos le destina,
Y tiene su arma y su instrumento en él.
¿Quién comprende al Señor? Él eslabona
Nuestras acciones; y su diestra lanza
Ya un esparto; ya un mundo, en la balanza
Del Universo, y equilibra el fiel.

Ora ante el cesto en que Moisés naufraga
Un leve junco sobre el Nilo tiende,
Y de ese junco el porvenir suspende
De la raza bendita de David:
Ora parece deteniendo el astro
Que dirige al ocaso su carrera,
Porque su luz derrame en la pradera,
Y el pueblo de Israel siga en la lid.

Dios, que esconde su origen, no en el tiempo,
Que el tiempo está por lindes circunscrito;
Dios, para quien lo eterno y lo infinito
Sólo atributos de su esencia son;
Dios, que esconde su fin, no en lo futuro,
Que lo futuro á ser para Él no alcanza;
Dios, en quien no hay memoria ni esperanza,
Porque sólo hay presente para Dios.

Sí; Dios se digna gobernar al hombre,
Porque todo lo abarca. Él es perfecto,
Y da leyes al sol como al insecto,
Y cuida al ángel y al gusano vil;
Todo lo crea, y lo gobierna todo:

Ya de mundos innúmeros tachona
El cielo, ya los reinos eslabona
Á la suerte de un hombre ó de un reptil.

Muerda á Colón un áspid, y el destino
Cambia del Universo: los millones
Que han venido á poblar nuestras regiones
No serían siquiera los que son.
Rómpase el débil cáñamo en que cuelga
La madre á Fúlton en su pobre cuna,
Y la industria del mundo y su fortuna,
Quedan porque él no piensa, en la inacción.

Como al contacto eléctrico se cimbra
Una cadena de extensión inmensa,
Del genio al soplo se despierta, y piensa,
Y obra y corre al poder la humanidad.
Para toda medita Galileo,
Y el ciego Homero para toda canta,
Y Saulo y Pedro, en su doctrina santa,
Enseñan para toda la verdad.

Una es la humanidad. Ibero y chino
Y colombiano y tártaro remoto
Navegan juntos: mas del mar ignoto
Dios sólo el rumbo y los escollos ve;
Y porque Él solo es sabio, y Él conoce
Sólo del puerto el último reparo,
Alza en la mar por nuestro bien y amparo,
El faro inextinguible de su fe.

Entretanto el filósofo presume
Que la dicha con números calcula,
Y en balanza sin fiel pesa y regula
Los átomos de bien y de salud.
¡Necio! sólo una regla hay para el hombre:
El crimen siempre á la desgracia induce,
Siempre á la dicha la virtud conduce,
Siempre la fe conduce á la virtud.

Con la fe vuela Codro al matadero
Á salvar á su pueblo del Doriano;
Con la fe vence el persa al espartano,
Resiste á Roma el scita con la fe.
Sócrates, al sentir el zumo ingrato
Del veneno mortal helar sus venas,
Ríe dejando á su querida Atenas,
Porque otra patria tras la tumba ve.

Ante los doce de Yatreb, que anuncian
De un Dios único y grande la doctrina,
La muchedumbre idólatra se inclina
Cual se inclina la espiga al huracán;
Y al brillo de sus corvas cimitarras,
Y pidiendo á la muerte el paraíso,
Entre Brahma y el Cristo, de improviso,
Le alzan su trono anchísimo al Corán.....

¡Salve insigne Virtud! Tú, que pudiste
Obrar tantos milagros de pagana,
¿Qué no harás, si pacífica y cristiana
Iluminas al mundo con tu luz?
Tú, que al Dios bueno á conocer enseñas,
Tú, que pudor y caridad inspiras,
Tú, que arrancando al corazón sus iras,
Unes al universo con la cruz.

Sin ti se agita estacionario el chino
Entre mares de oprobio y de riqueza;
Sin ti levanta apenas la cabeza
El polígamo y laso musulmán;
Y los indos, en castas separados,
Desconociendo tu igualdad sublime,
So el peso del bretón que los oprime,
Bárbaros son y en la ignorancia están.

¡Oh! Si el pueblo de Cristo es sólo grande;
Si para hacer viajar su pensamiento
Ha arrebatado el rayo al firmamento;

Si puede al mar y al huracán vencer ;
Si el Universo entero se somete
Al vigor de su espíritu fecundo ,
En tu doctrina santa ¡oh luz del mundo !
El secreto ha de estar de su poder.

¡ Ven, por piedad ! ¡ No dejes de mi patria
El verde valle, la tendida loma ;
Guárdale su pureza de paloma
Á la nación cristiana en que nació !
Guárdala, y en las ondas bienhechoras
De tu corriente pura y cristalina,
Purifica á la raza granadina,
Para que madre deleitada en ti.

¡ Sí, ven ! De Dios en el designio sabio
Nada hay desordenado ni violento :
El progreso del hombre es un portento
De tu tranquila y natural acción.
¡ Ven ! inspira á este mísero ermitaño,
Que su dolor y lágrimas oculta
En esta selva solitaria, inculta,
Para que salve al mundo de Colón.

¡ Pobre eremita ! La aflicción agobia
Su frente melancólica y sombría,
Y hasta su risa, cuando asoma, es fría
Como la luz de hoguera funeral ;
Y vive como el águila, alcanzada
De flecha aguda, que orgullosa emprende
Su vuelo al monte, y solitaria tiende
Al punzante dolor su ala imperial.

Su mirar, ora vago, y ora fijo,
Y el amargo sarcasmo de sus labios,
Revelan su pesar por los agravios
Que de su hermano, el hombre, recibió ;
Pero sólo es pesar : noble en su orgullo,
Huyó el placer de la venganza impía ;

Y apartado del mundo, en su agonía,
Á Dios por sólo protector buscó.

Odio no siente : el odio le atormenta ;
Por placer ama, por virtud perdona ;
Y hasta al amigo infiel que le abandona,
Recuerda compasivo en su desdén :
De la Natura admirador, en ella
Busca de su conducta el alto ejemplo,
Y es su inocente corazón un templo
Que el mal no mancha y que perfuma el bien.

Tienen á veces lágrimas sus ojos,
Y por su grave rostro buscan paso
Cuando, con el crepúsculo al ocaso,
Entona el toche su postrer canción :
Al pajarillo huérfano, al insecto
Protege y cuida su piadosa mano,
Y ataca al tigre de su fuerza ufano,
Y roba sus cachorros al león.

Hay en su albergue rústico y angosto,
Tallado en bronce, un santo crucifijo,
Á cuyos pies el solitario fijo
En ferviente oración postra la faz.
Sin obtener alivio, ó sin pedirle
Quizá con fe sincera y esperanza,
Dos sentimientos á hermanar no alcanza :
Guerra consigo, y con el cielo paz.

Porque extraviado por la ciencia vana
Interrogó la misteriosa y muda
Verdad del Increado, y de la duda
Hundióse en el abismo aterrador.
Rota la fe, no hay vínculo bendito
Que á Dios nos una : sin piloto vamos,
Y del delito en los escollos damos
Que oculta el mar funesto del error.

Penden á un tronco, de diversas ramas,
Quizá objetos de culto á su memoria,
Quizá recuerdos de pasada gloria,
El terso casco y el bruñido arnés:
El arcabuz y la templada espada,
Con solícito esmero aparejados
Están en cruz, á la pared colgados,
Bajo un negro y espléndido pavés.

Pace un potro robusto en la explanada
Frente á su choza, y sobre el tronco inmoble
La da su sombra protectora un roble,
Del huracán y el tiempo vencedor:
Y libros tiene, y el papel amigo
En que la hiel del ánima derrama,
Pensando acaso que á la eterna fama
Legará con su nombre su dolor.

Las aves libres, que del hombre evitan
El sanguinario destructor instinto,
De su choza al pacífico recinto
Suelen albergue y protección pedir;
Y el ermita acaricia deleitado
Aquellos seres que en su torno vuelan,
Ó, en sus hombros sentados, no recelan
Que él los pretenda esclavizar ni herir.

Sin más consuelo, en soliloquio eterno
El solitario se habla y se responde;
Huye del mundo, y en la selva esconde
De la enemiga humanidad su hiel.
Y les habla á los árboles, y goza
En hacer que repliquen á su acento
Los ecos, que en fantástico concento,
Cambian sus notas rústicas con él.

Á veces suele armarse, y cabalgando
El noble potro á su querer sumiso,
Por la selva se interna de improviso

Abandonando su mezquino hogar;
Y veredas incógnitas trillando,
Visita precipicios y torrentes,
Cuyos arroyos túrbidos é hirvientes
Se deleita en vencer y atravesar.

Alta es su frente, su ademán resuelto,
Ancha su espalda, leve su cintura;
Descúbrese en su elástica figura
La agilidad robusta del león;
Velan su rostro, en rizos de azabache,
La escasa barba y luenga cabellera;
Lanzan sus negros ojos la certera
Y atrevida mirada del halcón.

Hicieron ya las armas su embeleso;
Mas de su vida el misterioso hilo,
Por qué le niega la ciudad asilo,
Nadie saber pretende ni inquirir.
Ser generoso, el bárbaro le admira
Y cuida con benévolo respeto,
Que de su vida el mísero secreto
No llegue el vencedor á traslucir.

¡Precaución vana! La hora se aproxima
De prueba para él: no hay paz ni calma
Cuando la espina del amor del alma
No abandona á su víctima jamás.
Él ha servido á su opresor, y al malo
Ningún favor ni beneficio liga:
Con más tesón que el mal, el bien castiga
La ingratitud, porque le pesa más.